

EL COMENDADOR REQUESENS

El nuevo gobernador representaba una política de concesiones, de amnistia y de paz ¹. Embarazaban su marcha, dos condiciones que le impusieron en España, á saber: el restablecimiento de la autoridad absoluta del monarca, y el imperio indiscutible de la religión católica romana. Como los Holandeses se negaron á ceder de una manera incondicional á tales cláusulas, la guerra prosiguió su camino, asolando y destruyendo por espacio de treinta y seis años, todo el país. Y sin embargo, deseaban la paz católicos y protestantes, Españoles, Flamencos y Holandeses, lo mismo los consejeros é instrumentos de Alba, que los amigos y parciales de Orange. Felipe hubiera deseado hallar el medio de cerrar aquellas heridas tan anchas y profundas, por las cuales se escapaban las fuerzas vivas del pueblo español, en particular los hombres y el dinero.

El ejército, que á la sazón constaba de 62.000 sol-

¹ Don Luis de Requesens, apenas acababa de tomar posesión del gobierno de los Países Bajos, escribía al Rey: «Reconozco que el Duque era el hombre que convenía para el servicio de Dios y el de Vuestra Majestad, y me esforzaré en imitarlo hasta donde alcance; pero es necesario que la población se persuada de que he de seguir otro camino.» *Correspondencia de Felipe II*, t. II, p. 434.

dados, percibía sus haberes con doce meses de retraso. El país se hallaba empobrecido, y los Estados no podían dar cantidad alguna. Aunque las tropas españolas excedían con mucho á las holandesas, éstas



DON LUIS DE REQUESENS, GOBERNADOR DE LOS PAISES BAJOS
(Según un grabado de F. Hogenberg).

y su escuadra estaban en mejores condiciones, y de vez en cuando, recibían subsidios de sus compatriotas; de modo que nacionales y extranjeros, Castellanos y Flamencos, contribuían á la ruina de los Países Bajos. Pensó Requesens, que los Neerlandeses acep-

tarian la paz que él les brindaba, de cualquier modo que fuese; pero si los nobles se hallaban dispuestos á todo, la mayoría del pueblo entendía las cosas de muy diversa manera.

Los Holandeses eran entonces superiores por mar á los Españoles. Los patriotas habian puesto cerco á Middelburgo, en la isla de Walcheren, cuya ciudad estaba defendida por un general español, de gran pericia y de no menos valor. Comprendiendo que sus soldados iban á perecer de hambre dentro de los muros, y que necesitaba despejar la mar, se preparó á una batalla naval. Se dió el 29 de Enero, y la suerte de las armas favoreció á los enemigos. Middelburgo tuvo que rendirse.

Pero el sitio de Leyden fué, sin duda, el gran acontecimiento de aquel año. Habia sido cercada estrechamente por los Españoles, y el principe de Orange despachó á su hermano Luis para librarla de los sitiadores. Avistáronse las fuerzas enemigas, y el 14 de Marzo se trabó la batalla, quedando deshechos los Flamencos, y muertos en el campo del combate Luis y su hermano Enrique, cuyos cadáveres no se pudieron encontrar ¹. Todos creían que Leyden iba á caer en manos del vencedor; pero los Españoles, á quienes se adeudaban 36 mensualidades, se amotinaron después del triunfo, y dieron la vuelta á Amberes, donde entraron ². El peligro, sin embargo, no estaba conjurado, sino aplazado. Entretanto, el al-

¹ La famosa batalla de Mook se dió el 14 de Abril, y en ella ganó gloria inmarcesible Sancho de Avila. *Cabrera*, O. c., lib. X, cap. XVI, págs. 226-228.

² Los únicos que en aquella época ejercían influencia sobre los soldados, eran los maestros de campo Sancho de Avila y el florentino Chiapin Vitelli. *Correspondencia de Felipe II*, t. III, p. 62.

mirante holandés tuvo la fortuna de desbaratar otra flota española.

El segundo sitio de Leyden comenzó el 26 de Mayo y duró hasta el 3 de Octubre. Los límites de esta historia no consienten describir con la extensión que merece, aquel asedio memorable y la conquista de la plaza por los mendigos del mar. Los Holandeses, para mejor combatir en su elemento, rompieron los diques entre Leyden y el mar, y transformando la zona que rodeaba la ciudad en un inmenso lago, invadieron con sus naves los campos y las aldeas. Sobrecojidos de pánico los Españoles, cuando les faltó tierra para sostenerse, hubieron de retirarse ¹.

Para perpetua memoria del suceso, los Holandeses fundaron la universidad de Leyden, y después de dotarla con los bienes de la abadía de Egmont, proveyeron sus cátedras en los varones más ilustrados del país. Durante dos siglos, la universidad de Leyden fué la primera de Europa. El de Orange, que aun conservaba ciertas apariencias de lealtad con el rey de España, hizo consignar en la escritura de fundación, que aquel establecimiento literario era creado é instituido por Felipe, conde de Holanda.

Las dos provincias, Holanda y Zelanda, y también Harlem y Amsterdam, que estaban en poder del enemigo, se impusieron un subsidio mensual, casi tan fuerte como el que hubiera podido recabar anualmente el duque de Alba, del resto de los Países Bajos, para proseguir la guerra. No decayó por esto el comercio de aquellas ciudades: antes por el contrario, se rehizo y aumentó por el esfuerzo de todos

¹ El defensor de Leyden se llamaba Juan Duse, señor de Nortwyck, natural de la misma villa. *Cabrera*, O. c., lib. X, cap. XIX, p. 241.

sus hijos. Como en teoría eran súbditos de Felipe, podían traficar y traficaban con las posesiones españolas. Ellos mismos fabricaban la pólvora, que luego empleaban los Españoles para arcabucearlos. Nunca, durante el gobierno de Felipe, dejaron los Holandeses de comerciar y especular en los dominios españoles.

En el otoño de 1574 se organizó la constitución de Holanda. Guillermo fué nombrado jefe de las tropas, se le concedió una subvención anual para que atendiese á los gastos del ejército, y prácticamente quedó á su cargo la dirección de los negocios públicos. Intentóse entonces negociar la paz con España. Como las bases propuestas por Felipe no eran admisibles, pues se negó á tolerar en los Países Bajos la religión reformada, las conferencias acabaron de un modo brusco.

Uniéronse los estados de Holanda y Zelanda, en 1575, no sin ciertas dificultades, porque siempre había prevalecido el criterio de la autonomía municipal. En su virtud, las ciudades se mantenían separadas, resintiéndose de ello forzosamente la dirección de la guerra, que resultaba por demás incierta y vacilante, cuando tanto había menester de unidad y firmeza. Este pernicioso sistema de aislamiento, que continuó prevaleciendo y desarrollándose en vez de ceder y acabarse, perjudicó de tal suerte los intereses de la patria, que á él debe atribuirse en absoluto la prolongación de la guerra, las vicisitudes que sufrió la independencia nacional antes de su reconocimiento, y en mucha parte, la decadencia de la República holandesa.

En el mismo año tuvo lugar un suceso grave, que preocupó á los Estados. La isla de Schouwen fué

invadida, y su capital, Zierikzee, sitiada por un ejército que penetró por los canales que la separan de las costas de Holanda. Esta situación indujo á los naturales del país, no sin grandes dilaciones y dudas, á tomar un acuerdo de mucha importancia.

La resolución adoptada consistía en negar obediencia á Felipe y proclamarse independientes. Como Guillermo de Orange y los Estados no confiaban en sus propias fuerzas, entablaron negociaciones con varios príncipes; las cuales, por motivos de diversa índole, se hubieron de prolongar casi todo el período de la guerra. Entendían los Flamencos, que era de absoluta necesidad ponerse bajo el amparo de algún príncipe soberano, siempre que se respetasen sus creencias religiosas y sus libertades políticas.

Tres eran los príncipes á quienes se podía acudir en aquel caso y para el fin indicado, á saber: el emperador de Alemania, la reina de Inglaterra, y el monarca de Francia. El tudesco parecía tener más derechos, en razón á que, en los primeros tiempos, Holanda formó parte del Imperio germánico; circunstancia que se tuvo en cuenta durante las negociaciones entre Felipe y el Emperador. De aceptarse la proposición de Guillermo, la independencia de Holanda hubiese quedado asegurada en la práctica, bajo la soberanía nominal del Emperador. Había para ello un obstáculo insuperable, nacido de las opiniones religiosas de ambos pueblos; pues los Holandeses eran calvinistas, y luteranos los Tudescos, ó lo que es lo mismo, unos y otros enemigos irreconciliables. Medio siglo más tarde, la mala voluntad que se tenían calvinistas y luteranos, fué causa, no pequeña por cierto, de los desastres y calamidades que sufrió Alemania durante la guerra de los Treinta Años.

Otra dificultad consistía en las relaciones de familia del Emperador con Felipe. Los príncipes de Austria, España y Portugal estaban estrechamente



MARÍA ESTUARDO EN TRAJE DE VIUDA
(Según un cuadro de un pintor desconocido.)

unidos por vínculos de parentesco y de matrimonio. Á esto había que agregar los pocos auxilios que por sí contaba el Emperador; pues los recursos verdaderos debían venir, en todo caso, de los príncipes protestantes.

Isabel de Inglaterra se hallaba en una situación muy singular. Sus enemigos extranjeros la consideraban por ilegítima. Aunque su rival María Estuardo estaba prisionera y era odiada en Escocia, tenía un partido intrigante que se agitaba en su favor. Además de esto, Isabel no poseía grandes riquezas. Las manufacturas y el comercio de Inglaterra no habían adquirido aún desarrollo; y ni ellas, ni sus hombres de gobierno, sospechaban que los marinos ingleses pudiesen competir con los españoles. Por otra parte, no era de su agrado patronizar á súbditos rebeldes; pues tal conducta pudiera ser imitada por sus enemigos contra ella. Optó por el sistema de las intrigas, prestando atención á los Estados y apoyándolos en secreto; nunca de una manera franca y descubierta, por más que se hallasen interrumpidas sus relaciones con España, y aun en guerra con Felipe. Después de muchas dudas y vacilaciones, presintiendo que los Países Bajos eran á la sazón el baluarte de Inglaterra, se decidió á ayudar á los Holandeses con entusiasmo.

Carlos IX, el autor de la matanza de San Bartolomé, había muerto, y ocupaba el trono el último de los Valois, príncipe más despreciable que su antecesor. La reina viuda gobernaba por él la Francia. Pero, ¿cómo fiar una causa noble, á quienes habían dado tantas y tan repetidas muestras de perfidia? Con todo, lo mismo el de Orange que su hijo Mauricio, se inclinaban á la Francia.

Dícese que por aquel tiempo el príncipe de Orange concibió el proyecto de transportar á todos los Holandeses á un punto cualquiera del antiguo ó del Nuevo Mundo. Si el pensamiento se hubiera realizado, en vez de ser la Europa el teatro donde la liber-

tad ha llegado á la plenitud de su desarrollo, lo habrían sido las inmensas soledades de América, ó los trópicos, ó las islas de Java ó de Manhattan. El proyecto debe ser un cuento, que ni siquiera admite el honor de discutirse.

Así las cosas, falleció el comendador Requesens en 5 de Marzo, tras breve dolencia. Su muerte trajo un periodo de calma en los Países Bajos. Felipe, á medida que iba entrando en años, se tornaba más reflexivo y tardo en sus resoluciones; pero no por eso consentiría que su poder absoluto sufriese menoscabo, y que su voluntad dejara de cumplirse.

XI

DON JUAN DE AUSTRIA

Mientras que Felipe II se ocupaba en elegir sucesor á Requesens, sobrevinieron disturbios en los Países Bajos. Los soldados españoles, después de la toma de Zierikzee, se amotinaron á causa del atraso de sus pagas. Se les debía anualidades enteras, porque de España nada se les enviaba. En los Países Bajos no se encontraban recursos, y es probable que Felipe y sus lugartenientes tampoco quisieran empobrecer, en absoluto, las provincias sumisas. La práctica establecida por los amotinados, era, en tales casos, destituir á sus capitanes; ó por lo menos, negarles obediencia, y elegir un jefe, á quien daban el nombre de *Electo*, con plenos poderes. El cargo de *Electo* era peligroso; porque algunas veces, no solamente le quitaban los poderes, sino que también perdía la vida con la confianza de sus electores.

Pidieron los amotinados una ciudad, y la suerte les deparó la de Alost. Cayeron sobre Bruselas, y la cercaron. Como nada pudieron recabar de esta ciudad, y habian dejado exhausta á Alost, determinaron atacar á Amberes, pues contaban con el gobernador de la ciudadela. Apenas llegaron, se desparramaron por la ciudad y se apoderaron de los fuertes, saciando la